



ORDENACIÓN DE DIÁCONOS.

NOVELDA, 1-V-2016

En este VI domingo de Pascua, en esta Iglesia Parroquial de S. Pedro de Novelda, vamos a vivir, por la gracia de Dios, el momento solemne de la ordenación como diáconos de nuestros hermanos Ramón y Germán; vamos a vivir la continuidad de aquel momento que nos ha narrado S. Lucas en el texto de los Hechos de los Apóstoles, cuando tras escoger “los hermanos” a los candidatos al diaconado, “se les presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos”.

Y en el marco espléndido de este tiempo pascual, en días ya cercanos a las solemnidades de la Ascensión y de Pentecostés, cuánta luz encierran para nosotros las palabras del Señor, que acabamos de escuchar en el Evangelio de S. Juan:

Jesús, en la víspera de su partida, consuela a sus discípulos con la promesa de que volverá y se manifestará aún a los que le aman, esto es a los que guardan sus palabras.

El amor a Jesús es caridad activa, arraigada en la fe de que Él es el enviado del Padre, venido a la tierra para revelarlo, rostro de la misericordia que anuncia todo lo que le ha oído.

Aquel que, creyendo, dispone sus días en la obediencia a la Palabra, se vuelve morada de Dios y conoce por gracia –o sea, en el Espíritu- la comunión con el Padre y con el Hijo.

La hora para los discípulos es grave, pero no deben temer quedar huérfanos. El Padre enviará al Espíritu Santo como guía para el camino del último tiempo. En efecto, la obra de la Salvación está totalmente realizada con la pasión–muerte- resurrección de Cristo. Sin embargo, es preciso que cada uno de nosotros entre en ella y se deje salvar. Esa es la tarea del Espíritu: abrir nuestros corazones a la comprensión del misterio divino y movernos a la conversión. Por obra del Espíritu Santo es como Cristo sigue siendo contemporáneo nuestro. Por obra del Espíritu Santo son las Escrituras Palabra viva, dirigida al corazón de cada uno.

A nosotros –inquietos e inseguros como los Apóstoles a los que vemos que se dirige Jesús-, Él hoy nos da la paz. Una paz preciosa para ahora y para la eternidad. Y al igual que Él entregó su persona y todos los tesoros encerrados en Él, así hace con nosotros hoy, ofreciéndonos la clave de su paz. La clave de la paz es el amor, adhesión concreta a su Palabra, que hace de nosotros morada de Dios. Y el desenlace es, ya desde ahora la alegría. ¡Sencillo y arduo programa! Sin embargo posible, porque nos ha entregado al Espíritu Santo, memoria viva de Jesús, lámpara para los pasos de nuestro camino y vigor-fuerza en la fatiga de nuestro compromiso.

El don de su Espíritu, la gran promesa de Jesús, desciende sobre todos nosotros, especialmente sobre nuestros hermanos Germán y Ramón. Por Él vais a entrar en la larga serie, como decíamos, de servidores de la Iglesia, que arranca tal como leíamos en los Hechos de los Apóstoles (en la 1ª lectura), en esos varones elegidos para auxiliar a los apóstoles en el servicio de la caridad, y tal como, también, escucharemos en el plegaria de ordenación.



Además a los dos, se os va a confiar algo especialmente importante y que el Santo Padre, el Papa Francisco, destaca para nuestros días de forma muy especial: el ministerio de la predicación. Por eso se os entregará el libro de los Evangelios. Deseo que vuestra predicación sea ministerio de misericordia, de modo que vaya del corazón del Evangelio al corazón de las personas, destacando siempre lo fundamental: a Cristo, su misterio pascual, realización de la misericordia salvadora del Padre, y su llamamiento a una vida nueva, que supone la conversión, el nacimiento de nuevo por el Espíritu, que nos hace ser y ver, desde Dios, la vida y la historia.

A la vez se os invitará a ser ejemplares en vuestra vida de oración, de tal modo que vuestro servicio litúrgico esté lleno de auténtica piedad; ministerio que se os va a confiar y que está significado en los ornamentos con los que vais a ser revestidos.

Hermanos Ramón y Germán, cumplid con disponibilidad y con ilusión lo que la Iglesia os encomiende. Decid que sí con generosidad al Señor, como María. No temáis, tal como hemos oído al Señor en el Evangelio, pues Él se cuida de nosotros, pobres servidores de su Iglesia. Vivid, por tanto, con mucha paz, con mucha confianza en Él vuestro ministerio y esta misma celebración.

Vivid también con una gran gratitud estos momentos tan especiales en vuestras vidas. Gratitud a Él, al Señor, porque os ha llamado, ha conducido vuestros caminos hasta aquí. Y gratitud a todas aquellas mediaciones de las que Él se ha valido para acompañar, discernir, fortalecer, purificar y sostener vuestra vocación hasta este momento. No sólo familiares, amigos, sacerdotes, comunidades cristianas, sino, también, nuestro Seminario, en todos los miembros y en todo lo que suponer y significa para vosotros y para nuestra querida Diócesis de Orihuela-Alicante.

Queridos hermanos todos: demos gracias a Dios por ellos y por los sacerdotes y diáconos de nuestra Diócesis. Pidamos por ellos y por todo el clero de nuestra Iglesia Diocesana. Pidamos sobre todo al Espíritu Santo que les conceda estar profundamente entusiasmados por el Señor –como los apóstoles en Pentecostés–, profundamente unidos a Él. La unión con Jesús, el amor al Señor, la amistad con Él es lo fundamental. Él también nos dejó en el Evangelio de S. Juan esa imagen que lo dice todo: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos”. Unidos a Él tendremos vida, daremos fruto. Aquí en esta Iglesia de Novelda recordamos especialmente como modelos de unión y amistad con el Señor a S. Pedro y a Santa María Magdalena, y a nuestras mártires, que ellos intercedan por nosotros.

Que el Espíritu Santo, por intercesión de María, nuestra Madre, conceda a vosotros dos y a todos nosotros el gozo del consuelo pascual en esta singular celebración: sintiendo al Señor que viene y está entre nosotros en este domingo, en esta tarde de Pascua, concediéndonos su paz, y encendiendo nuestro para ser testigos, portadores de su misericordia y de la alegría de su Evangelio. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante